

«TE DARÉ EN HERENCIA LAS NACIONES». LA SECULARIDAD COMO NOTA DISTINTIVA DE LA FILIACIÓN DIVINA EN SAN JOSEMARÍA

Javier Sánchez Cañizares*

«Voy a anunciar el decreto de Yahveh:
Él me ha dicho: “Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy.
Pídeme, y te daré las naciones en herencia,
en propiedad los confines de la tierra”»

(Sal 2,7-8)

1. INTRODUCCIÓN

En el arco de unas cuantas semanas del año 1931, san Josemaría tuvo dos inspiraciones divinas que resultan esenciales para entender la especificidad de su mensaje. Por una parte, el 7 de agosto, comprendió en el fondo de su alma con un sentido nuevo las palabras *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12,32; Vg): «Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: ¡si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño. . . , entonces omnia traham ad meipsum! ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»¹. Por otra parte, el 16 de octubre del mismo

* Facultad de Teología, Universidad de Navarra (España).

¹ *Apuntes de una meditación*, 27-X-1963 (AGP, Po1 XI-1975, p.13). Citado en E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. I, Rialp, Madrid 2010, pp. 426-427 (a partir de ahora VCS I). Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

año tuvo una intensa experiencia mística de su personal filiación divina, que siempre consideró normativa para sus hijos espirituales: «Sentí la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba! Pater!* Estaba yo en la calle, en un tranvía»².

Dichas inspiraciones sirven para enmarcar este trabajo, que pretende analizar teológicamente el valor de la secularidad³ como elemento característico del modo de vivir la filiación divina según las enseñanzas de san Josemaría. Como bien señala Ocariz, al comentar la segunda de las inspiraciones, «elemento importante de este don fue precisamente esa peculiar circunstancia (“en la calle, en un tranvía”), que caracterizaba un aspecto central de su mensaje: la santificación en medio de las realidades temporales, siendo “contemplativos en medio del mundo”»⁴. Ciertamente, todos los cristianos están llamados a vivir su vocación como un desarrollo de la filiación divina, a la que están predispuestos desde su nacimiento⁵ y que reciben con el Bautismo. Los fieles laicos que toman conciencia de su vocación bautismal buscarán lógicamente desarrollar su filiación divina en el ámbito secular en el que viven. Pero, lo que acabamos de enunciar como una pacífica adquisición de la espiritualidad moderna, ¿posee un fundamento teológico que pueda y deba aún hacerse más claro? Nuestra respuesta es afirmativa. Por eso, a lo

² Carta 9-I-1959, n. 60 (AGP, serie A.3, 94-1-4). Citado en F. OCÁRIZ, «Filiación divina», en J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, p. 520. «Estuve considerando las bondades de Dios conmigo y, lleno de gozo interior, hubiera gritado por la calle, para que todo el mundo se enterara de mi agradecimiento filial: ¡Padre, Padre!»: *Apuntes íntimos*, n. 296 (AVP, I, p. 388).

³ Aunque San Josemaría no hace uso del término “secularidad” hasta una época relativamente tardía, el mismo sirve para denotar el ámbito de vida al que se refiere desde el principio san Josemaría al dirigirse a los fieles laicos: cfr. A.M. GONZÁLEZ, «Secularidad», en J.L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, p. 1136.

⁴ OCÁRIZ, «Filiación divina», p. 520.

⁵ Sobre el concepto teológico “predisposición a la filiación”, cfr. R. TREMBLAY, *Radicali e fondati nel Figlio. Contributi per una morale di tipo filiale*, Dehoniane, Roma 1997, p. 47; ID., *Vous, lumière du monde. La vie morale des chrétiens: Dieu parmi les hommes*, Fides, Québec 2003, p. 146; ID., “*Ma io vi dico...*”. *L'agire eccellente, specifico della morale cristiana*, EDB, Bologna 2005, pp. 77-79; A. CHENDI, «Il Dio trinitario e il suo disegno», en R. TREMBLAY – S. ZAMBONI (a cura di), *Figli nel Figlio. Una teologia morale fondamentale*, EDB, Bologna 2008, pp. 130-131.

largo de estas páginas, haremos explícitos algunos de los implícitos del mensaje del fundador del Opus Dei que resaltan con más fuerza el valor del vínculo entre secularidad y filiación divina.

Burkhardt y López apuntan acertadamente que cualquier descripción del marco teológico de las enseñanzas de san Josemaría habrá de incluir tanto la dimensión ontológica como la histórica, pues el estilo de vida cristiana que predica es el de una vida en Dios y en el mundo; una vida de hijos de Dios encarnada, inmersa en las realidades temporales, que se han de ordenar a la gloria de Dios y a la santificación propia y de los demás⁶. En nuestro estudio, las dos dimensiones se combinan para mostrar no tanto que la secularidad es el ámbito de crecimiento en la filiación, sino los presupuestos teológicos que avalan la manifestación de la filiación divina en la vida de los laicos y las consecuencias que, para la sociedad, se derivan de ello.

2. LA UNIDAD DE LO HUMANO Y LO DIVINO EN LA ÚNICA FILIACIÓN

La densidad teológica de algunas expresiones de san Josemaría se corresponde con las grandes intuiciones de los santos. Merece especialmente nuestra atención la afirmación siguiente: «En rigor no se puede decir que haya nobles realidades exclusivamente profanas, una vez que el Verbo se ha dignado asumir una naturaleza humana íntegra y consagrar la tierra con su presencia y con el trabajo de sus manos»⁷. En nuestra opinión, el autor no hace sino manifestar uno de los núcleos más profundos de su inspiración espiritual, que no es otro que el dogma calcedoniano de la unión hipostática, en la única Filiación de Cristo, de la naturaleza humana y la naturaleza divina⁸.

En san Josemaría se da una superación existencial de la teología de los dos órdenes (natural/sobrenatural), predominante en el contexto teológico de sus años de formación. Su profunda intuición del significado

⁶ Cfr. VCS I, pp. 197-198.

⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 120. San Josemaría es consciente de la profundidad teológica de dicha afirmación: cfr. *ibidem*, n. 112.

⁸ «Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, *Hijo único en dos naturalezas*, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación (Concilio de Calcedonia; DS, 301-302)»: *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 467. La cursiva es nuestra.

de la unión hipostática, a partir de la única Filiación del Verbo, le permite comprender que es en la Filiación donde se unifican lo humano y lo divino. La consecuencia entonces no puede ser más inmediata: será en la filiación adoptiva de los hijos de Dios, participación de la única Filiación del Verbo, donde habrá de unificarse lo humano y lo divino de la realidad creada. Dicho desde otra perspectiva, en vez de partir de la distinción entre lo natural y lo sobrenatural, el fundamento de la espiritualidad del fundador de la Obra se halla en el sentido de la filiación divina, que engloba los dos órdenes en una unidad más fundamental. Es la filiación, en último término, lo que permite la correcta articulación de lo humano y lo divino, lo natural y lo sobrenatural, lo secular y lo eterno.

El dogma de Calcedonia, además, permite entender que la unión de ámbitos en la filiación no solo no amenaza la autonomía de cada uno de ellos, sino que la verdadera autonomía humana solo puede adquirir su consistencia a partir de su radical referencia a Dios. No puede ser auténtica más que siendo una autonomía “relativa”; justamente la que corresponde a la teonomía participada⁹ que manifiesta el actuar de los hijos de Dios. Por eso, para san Josemaría, ser muy humanos lleva a ser muy sobrenaturales y a la inversa. Es precisamente la filiación divina lo que permite esta especie de *communicatio idiomatum* en el cristiano.

El magisterio reciente parece asumir dichas adquisiciones de la espiritualidad y de la teología cuando afirma que «el Hijo de Dios ha asumido nuestra carne, y así su visión del Padre se ha realizado también al modo humano, mediante un camino y un recorrido temporal. La fe cristiana es fe en la encarnación del Verbo y en su resurrección en la carne; es fe en un Dios que se ha hecho tan cercano, que ha entrado en nuestra historia. La fe en el Hijo de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo, descubrir cuánto ama Dios a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacia sí; y esto lleva al cristiano a comprometerse, a vivir con mayor intensidad todavía el camino sobre la tierra»¹⁰. La profunda intuición en san Josemaría de las consecuencias que tiene para la vida espiritual la formulación de Calcedonia son ya doctrina común, y de especial relevancia, para la actual vida cristiana.

⁹ Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, n. 41.

¹⁰ FRANCISCO, Enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 18.

3. HIJOS EN EL HIJO: LA VIDA DE CRISTO EN LOS CRISTIANOS

«“Tú eres mi hijo”»: se dirige a Cristo y se dirige a ti y a mí, si nos decidimos a ser *alter Christus*, *ipse Christus*»¹¹. Desde la perspectiva que hemos presentado en el apartado anterior, resulta más fácil entender la insistencia con la que el fundador de la Obra propone una identificación del cristiano (y aun del hombre en general) con Cristo¹². No hay “diversas filiaciones divinas”. Hay una sola Filiación, en la que se insertan como en su tronco común los hijos de Dios, los hijos en el Hijo: «[L]a filiación divina es la identificación con Cristo, con el Unigénito del Padre [...]. Es encontrarse en la misma y única relación que Cristo tiene con Dios Padre; única que hace dirigirse al Padre con la expresión *Abbá!*»¹³.

La enseñanza espiritual de San Josemaría recorre el camino de Cristo al hombre, de la cristología a la antropología, anticipando en cierto sentido la antropología teológica de la constitución *Gaudium et spes*¹⁴ y, más específicamente, la teología moral filial contemporánea¹⁵. La vida de Cristo es la fuente de la identidad más profunda del hombre, que solo llega a conocerse verdaderamente cuando se mira en el Hijo de Dios encarnado. Se conoce a sí mismo en la medida en que descubre la filiación divina en Cristo como su verdad más íntima¹⁶. Y el misterio de la unión hipostática se extiende de algún modo a toda la creación, transida de *logos*.

Estamos pues ante una identidad profunda y dinámica, en el caso del hombre, que se ha de desplegar a lo largo de toda su vida. Se da entonces una misteriosa comunidad de vida con la misma vida de Cristo, que excede los parámetros de cualquier relación simplemente moral,

¹¹ *Es Cristo que pasa*, n. 185.

¹² Son muy frecuentes las ocasiones en que san Josemaría dice que el cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*. Cfr., p. ej., *Es Cristo que pasa*, nn. 104, 106, 183.

¹³ OCÁRIZ, «Filiación divina», p. 521. San Josemaría enlaza con la rica tradición teológica que considera la filiación divina como participación de la Filiación. Sería posesión parcial de la misma relación del Verbo con el Padre: cfr. *ibidem*, pp. 522-523.

¹⁴ Cf. VCS I, p. 136.

¹⁵ Cfr. R. TREMBLAY, «Quale antropologia? L'uomo dal cuore filiale», en L. MELINA – S. KAMPOWSKI (a cura di), *Come insegnare teologia morale? Prospettive di rinnovamento nelle recenti proposte di esposizione sistematica*, Cantagalli, Siena 2009, pp. 19-35.

¹⁶ Cfr. VCS I, p. 138.

por profunda que pueda imaginarse¹⁷. Hay una presencia real del Hijo en los hijos de Dios (cfr. Ga 2,20) que prolonga la misión del primero por medio de los segundos en cada momento de la historia. «Cristo resucitado obra realmente en y a través de los creyentes»¹⁸.

San Josemaría habla del cristiano como hijo de Dios en un sentido ontológico fuerte: no es “otro hijo al lado del Hijo”, sino “un hijo en el único Hijo”; no es “otro Cristo junto a Cristo” sino “el mismo Cristo” porque vive en Él. Podríamos decir entonces que, según el eterno designio de Dios, entre Cristo y el cristiano hay una relación de mutua inmanencia, que ha de ser llevada al mundo mediante la vida de los hijos de Dios. Dicho de otra forma, los cristianos viven la vida del Hijo, dejando que su misma vida se manifieste en ellos. El misterio de la mutua inmanencia –que no es sino otra manera de expresar la relación que se da entre la cabeza y el cuerpo del Cristo total– es que no se es hijo del Padre cada uno por su cuenta, sino que se es hijo del Padre porque se es Cristo, sin dejar de ser por ello uno mismo¹⁹. Más aún, porque esa es la única manera de ser uno mismo en plenitud.

4. FILIACIÓN ECONÓMICA Y FILIACIÓN EN MEDIO DEL MUNDO

Para san Josemaría, la filiación divina –participación en la Filiación– es el fundamento vivo, del que surge la vida cristiana como una planta de su raíz²⁰. La ontología filial se despliega en la historia del mundo, de modo que los hijos de Dios viven la vida del Hijo en coherencia con el don recibido. Desde nuestro punto de vista, esta es la expresión más acabada de la relación que hay entre ser Cristo y santificar la vida secular. Se halla ínsita en el mismo ser de una creación que es ya *en Cristo* (cfr.

¹⁷ Cfr. E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. II, Rialp, Madrid 2011, p. 82 (a partir de ahora VCS II).

¹⁸ P.O'CALLAGHAN, «El testimonio de Cristo y de los cristianos. Una reflexión sobre el método teológico», *ScrTh* 38 (2006), p. 546. Citado en VCS I, p. 403. Acerca de los modos concretos de entender la presencia real de Cristo en el cristiano: cfr. VCS II, pp. 95-102.

¹⁹ Cfr. F. OCÁRIZ, «La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer», en *Id.*, *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, p. 187. Citado en VCS II, p. 83.

²⁰ Cfr. VCS II, p. 124.

Col 1,16), que alcanza la plenitud con la manifestación en la economía de la salvación del misterio de la Encarnación redentora y que se ha de hacer presente ahora en todos los ámbitos del mundo. La adopción filial es la finalidad misma de la manifestación económica de la Filiación –el Hijo de Dios se hace hombre para que el hombre pueda ser hijo de Dios²¹–, pero entonces «abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención»²².

Como bien apunta Ocáriz, se trata «no sólo del don de la adopción filial, sino de que la conciencia creyente en ese don informe toda la vida»²³. El sentido de la filiación divina debe conducir a la unidad de vida de los hijos de Dios, a un obrar coherente con su identidad más profunda. Dicho obrar filial no solo no implica una uniformidad de actuaciones, sino un actuar de acuerdo con las leyes propias de cada ámbito de la vida secular, con el dominio, señoría y libertad de los hijos de Dios²⁴. «No podemos ser hijos de Dios sólo a ratos, aunque haya algunos momentos especialmente dedicados a considerarlo»²⁵. «¿Tú y yo actuamos, de verdad, como hijos de Dios?»²⁶. Pero todo ello, insistimos, no es más que consecuencia de «ser hijos que procuran darse cuenta de que el Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo»²⁷; hijos en el Hijo conscientes de que el ámbito de su vida secular no solo no es ajeno al designio divino, sino que el mismo Hijo lo ha santificado como ofrenda gratísima al Padre²⁸. Y, podríamos añadir, el mismo Hijo lo sigue santificando en la actual economía de la salvación con su presencia real en la vida de los hijos de Dios.

²¹ Cfr. SAN IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, 3, 19, 1. Citado en *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 460.

²² *Es Cristo que pasa*, n. 183.

²³ OCÁRIZ, «Filiación divina», p. 520. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 146.

²⁴ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 26.

²⁵ *Conversaciones*, n. 102.

²⁶ *Forja*, n. 987.

²⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 64.

²⁸ Cfr. *ibidem*, n. 20

El estudio de Burkhart y López señala que el Salmo 2 expresa esta relación entre filiación divina y *herencia* de las realidades creadas. «Del sentido de la filiación divina nace el impulso de pedir a Dios la herencia de los hijos: que nos conceda santificar las realidades terrenas y nos lleve así a la plenitud de la filiación divina en la gloria»²⁹. Por la creación *en* Cristo y la solidaridad del Hijo encarnado con toda la creación, todos los bienes creados forman parte de la herencia de los hijos. El sentido de la filiación divina lleva a tomar posesión de esta herencia. «Ha querido el Señor que sus hijos, los que hemos recibido el don de la fe, manifestemos la original visión optimista de la creación, el “amor al mundo” que late en el cristianismo»³⁰. Hacerse cargo de la herencia supone manifestar esa buena noticia –el misterio escondido de que habla san Pablo (cfr. Ef 3,6.9)– que la Encarnación redentora ha finalmente desvelado. Por nuestra participación en la Filiación tenemos certeza del amor que el Padre tiene al mundo.

Ahora bien, recibir conscientemente el mundo por heredad significa también hacer presente el sacerdocio de Cristo en él. El Hijo es el único Sacerdote y los hijos en el Hijo participan de su sacerdocio real. Santificar al mundo desde dentro, como compete a los fieles laicos, significa tener alma sacerdotal con mentalidad laical, de modo que las realidades seculares se puedan ofrecer al Padre como mediadores en Cristo, respetando y valorando sus propias leyes³¹.

5. FILIACIÓN Y SOCIEDAD SECULAR

¿Qué supone para el mundo la íntima conexión de la filiación divina con la vida secular? ¿Poner a Cristo en la entraña de las actividades humanas tiene alguna relevancia para la sociedad según el mensaje de san Josemaría? Hay que decir que dicha conexión subraya, en primer

²⁹ VCS II, p. 132.

³⁰ *Forja*, n. 703.

³¹ Cfr. VCS II, p. 117. Esta unidad entre mentalidad laical y alma sacerdotal constituye el núcleo de la concepción de la secularidad como modo específico de la vocación cristiana en san Josemaría: cfr. GONZÁLEZ, «Secularidad», p. 1139; p. 1142. En nuestra opinión, este núcleo deriva teológicamente de la unión más profunda entre filiación y sacerdocio que se da en los cristianos por su unión al único Hijo-Sacerdote.

lugar, que es a través de los hijos de Dios como el mismo Cristo-Señor se hace presente en todas las realidades humanas en la actual economía de la salvación. Dicho de otro modo, la Filiación se extiende primero a los cristianos y, así, puede extenderse a la sociedad, respetando sus principios seculares. Pero si el ámbito de lo humano se entiende *en el humus* de lo divino –como apunta el dogma de Calcedonia y no en oposición dialéctica–, la presencia cristiana en la sociedad no hará sino reforzar la humanidad de la misma.

Se reforzará, en primer lugar, la libertad de los que se saben hijos de Dios. «Dios, al crearnos, ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad. Ha querido una historia que sea una historia verdadera, hecha de auténticas decisiones, y no una ficción ni un juego. Cada hombre ha de hacer la experiencia de su personal autonomía, con lo que eso supone de azar, de tanteo y, en ocasiones, de incertidumbre. No olvidemos que Dios, que nos da la seguridad de la fe, no nos ha revelado el sentido de todos los acontecimientos humanos»³². Ciertamente, la libertad redimida por Cristo estará reforzada, pero para san Josemaría se trata de algo aún más fundamental: «Me gustaría que meditaseis en un punto fundamental, que nos enfrenta con la responsabilidad de nuestra conciencia. Nadie puede elegir por nosotros: he aquí el grado supremo de dignidad en los hombres: que por sí mismos, y no por otros, se dirijan hacia el bien»³³. Si se ama a Cristo, se ha de amar a todos los hombres y la legítima libertad de cada uno de ellos, en pacífica y razonable convivencia³⁴. La libertad es la clave de la mentalidad laical y el respeto a la libertad personal es una clara manifestación de la secularidad de un hijo de Dios³⁵.

³² «Las riquezas de la fe», en *Los domingos de ABC*, Madrid 2-XI-1969. Citado en VCS I, pp. 183-184. «Es la fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, la que ilumina nuestras conciencias, incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana»: *Es Cristo que pasa*, n. 99; cfr. *Conversaciones*, n. 113.

³³ *Amigos de Dios*, n. 27.

³⁴ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 184.

³⁵ Cfr. *Carta 29-IX-1957*, n. 55. Citado en VCS II, p. 117. Cfr. GONZÁLEZ, «Secularidad», p. 1140.

La concepción de la filiación divina y de la fraternidad cristiana³⁶ en san Josemaría lleva como consecuencia natural al deseo de servir con lealtad, y con libertad personal, al bien común. «Al reconocerse hijo de Dios y hermano de los hombres, el cristiano se ha de sentir “heredero” del mundo (cf Rm 8,17), ha de considerarlo como una herencia de la que debe tomar posesión, pero no para un egoísta provecho propio, porque es también herencia de los demás y ha de buscar que todos se beneficien de ella»³⁷. Se trata entonces de vivir la filiación divina en las tareas seculares para poder servir a los demás³⁸. Vivir la filiación divina en medio del mundo supone liberar y amplificar los magníficos efectos que para la sociedad tiene la presencia de quien se sabe y actúa como hijo de Dios. Y la única manera de hacerlo en coherencia con la realidad de la unión hipostática es desde el ejercicio de la libertad y la responsabilidad personal de los hijos en el Hijo, como ciudadanos del mundo que ejercitan su razón filial de acuerdo con los diversos contextos sociales en que se hallan.

Insistamos. Para el fundador del Opus Dei, la secularidad implica respetar las exigencias propias de las realidades seculares³⁹. Pero este respeto no nace de una pura separación de ámbitos en aras del equilibrio de poderes o la eficiencia en la ordenación de la sociedad. Supone respeto a la herencia filial recibida en el Hijo, en quien adquiere pleno sentido la misma humanidad y su dimensión secular. La filiación es la fuerza más poderosa para el desarrollo del mundo. Sus benéficas consecuencias para la sociedad civil son múltiples: desde la realización de un trabajo bien hecho, hasta la vivencia de una solidaridad fraterna real⁴⁰. En definitiva, la secularidad reclama una lucha interior exigente y la lucha por vivir las virtudes humanas y civiles necesarias para desenvolverse en el mundo,

³⁶ La filiación divina establece la correspondiente fraternidad cristiana. Esta alcanza a todos, porque todos son, en cierto modo, hijos de Dios: cfr. *Amigos de Dios*, n. 76; OCÁRIZ, «Filiación divina», pp. 524-525.

³⁷ VCS I, p. 173.

³⁸ Cfr. *Surco*, n. 520.

³⁹ Cfr. GONZÁLEZ, «Secularidad», p. 1138.

⁴⁰ «Cuando comprendas ese ideal de trabajo fraterno por Cristo, te sentirás más grande, más firme, y todo lo feliz que se puede ser en este mundo, que tantos se empeñan en hacer destartalado y amargo, porque andan exclusivamente tras de su yo»: *Surco*, n. 528.

asumidas y formalizadas desde una óptica superior, nacida del sentido de la filiación divina⁴¹.

La historia humana se contempla entonces como el despliegue del gran proyecto divino de divinización a través de los hijos en el Hijo, mediante la vivencia de la vida de Cristo en el hoy de la historia. San Josemaría enfatiza la acción de Dios en el tiempo y predica una santidad encarnada en el presente, que ve su materia en las mismas realidades terrenas y edifica la historia según los designios salvadores de Dios, colaborando con Él como hijos suyos queridísimos (cfr. Ef 5,1) en el restablecimiento de la concordia divina en todo lo creado⁴². Esta es la silenciosa transformación del mundo, que se está produciendo, hasta que Dios sea todo en todos (cfr. 1Co 15,28). Ahora bien, ¿cómo transformar lo profano en santo sin violentar su realidad íntima? Mediante el amor filial. El amor de los hijos permite dicha transformación sin violentar la autonomía de las realidades temporales. Mas dicho amor necesita para su manifestación de la compañía teologal de la fe y la esperanza.

6. ESPERANZA, FILIACIÓN DIVINA Y ESCATOLOGÍA PRESENTE

En la enseñanza del fundador del Opus Dei hay una conexión intrínseca entre filiación divina y esperanza, que resulta necesario explicitar para poder comprender cabalmente la relación entre secularidad y filiación. Evidentemente, el sentido de la filiación divina es fundamento de la esperanza, pues la primera otorga libertad de espíritu y optimismo ante cualquier circunstancia de la vida⁴³. Sin embargo, como acertadamente señalan Burkhardt y López, «junto a las razones teológicas de carácter general que justifican el realce de la esperanza en la vida cristiana, hay también un motivo intrínseco al espíritu que predica san Josemaría. La santificación en medio del mundo necesita especialmente de la esperanza teologal para que el deseo de felicidad plena esté fijo en la unión con Dios, no en la posesión de los bienes creados que ofrecen el atractivo de satisfacciones humanas; y también la necesita para no abandonar las

⁴¹ Cfr. GONZÁLEZ, «Secularidad», p. 1140.

⁴² Cfr. *Carta 11-III-1940*, n. 2; *Es Cristo que pasa*, nn. 112 y 183; *Conversaciones*, n. 114; VCS I, pp. 172-173.

⁴³ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 208; OCÁRIZ, «Filiación divina», pp. 523 y 526.

actividades que se han de santificar cuando no ofrecen complacencia alguna. Tanto si son gratificantes como si resultan duras y penosas; tanto si satisfacen y tienden a polarizar las aspiraciones del corazón como si provocan tedio o disgusto, la esperanza teologal inclina a buscar en esas actividades la unión con Dios, en quien se encuentra la propia felicidad, permitiendo amar al mundo sin ser mundanos. La esperanza protege el ideal de santificar las realidades seculares del peligro del secularismo al que el cristiano corriente está expuesto. De ahí su relieve en la doctrina espiritual de san Josemaría»⁴⁴.

La esperanza, enraizada en la filiación divina, es entonces virtud muy sobrenatural y muy humana, que lleva a tener confianza en la posibilidad de encontrar la unión con Dios en la vida presente y, por eso mismo, lleva a no desentenderse de la vida secular, sino que acerca a esas realidades de un modo nuevo, cristiano⁴⁵, filial. «Si nos fatigamos y luchamos es porque tenemos puesta la esperanza en el Dios vivo» (1Tm 4,10). La consecuencia de todo ello es poder conducirse con dominio, evitando «la triste esclavitud en la que caen tantos porque olvidan su condición de hijos de Dios, afanados por un mañana o por un después que quizá ni siquiera verán»⁴⁶. La esperanza teologal permite en último término trabajar en el mundo con rectitud de intención, haciendo a la vez presente a Cristo y respetando la dinámica secular. Este es el modo propio, en nuestra opinión, en que los laicos expresan su vida teologal en la sociedad; un modo específicamente laical de vivir la esperanza según el mensaje de san Josemaría. La filiación divina es fuente de una esperanza teologal que tiene consecuencias, aquí y ahora, para la vida cotidiana. Supone un modo nuevo de contemplar el mundo que permite desenmascarar las falsificaciones de la esperanza: las ideologías, las dictaduras, los abusos de poder.

No olvidemos, sin embargo, que continuamos dentro del misterio de la vida de Cristo en el cristiano, acorde con la situación del segundo como *viator*. El Hijo infunde la esperanza filial, por la que *Él mismo espera*

⁴⁴ VCS II, pp. 366-367.

⁴⁵ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 208. «Cuando reconocemos las pequeñeces y la contingencia de las iniciativas terrenas, ese trabajo se abre a la auténtica esperanza, que eleva todo el humano quehacer y lo convierte en lugar de encuentro con Dios. Se ilumina así esa tarea con una luz perenne, que aleja las tinieblas de las desilusiones»: *ibidem*.

⁴⁶ *Amigos de Dios*, n. 116.

en los cristianos⁴⁷: espera su santidad y apostolado, espera la plenitud de su filiación divina, espera el ofrecimiento, en Él, de cada novedad del mundo al Padre por el Espíritu Santo. Actuando así, los hijos en el Hijo pueden otorgar la plenitud de sentido a las realidades seculares, una plenitud que no prescinde de su sentido humano –no puede hacerlo, según la hermenéutica calcedoniana–, sino que lo integra y eleva⁴⁸. Solo se valora plenamente el presente cuando queda abierto a lo eterno.

Desde nuestro punto de vista, el mensaje del fundador de la Obra consigue inspirar definitivamente un modo laical de entender la escatología presente. Saberse hijos de Dios impele a vivir para su gloria realizando del mejor modo posible (humano y divino) las actividades seculares. Arroja luz en este contexto la prioridad que san Josemaría da a la misa, donde el amor filial se despliega y puede extenderse a toda la jornada: «Todas las obras de los hombres se hacen como en un altar, y cada uno de vosotros, en esa unión de almas contemplativas que es vuestra jornada, dice de algún modo su misa, que dura veinticuatro horas, en espera de la misa siguiente, que durará otras veinticuatro horas, y así hasta el fin de nuestra vida»⁴⁹. La relación entre vida eucarística y trabajo ordinario aún ha de ser redescubierta por muchos cristianos⁵⁰. Una concepción del trabajo entendido principalmente como culto a Dios es capaz de liberar todas sus potencialidades para vivificar a uno mismo y a la sociedad.

San Josemaría contempla esta actuación secular de los hijos de Dios dentro del gran marco de la recapitulación de la creación obrada por Jesucristo (cfr. Ef 1,10) que ha de llevarse a cabo en cada momento de la historia. «Tú, por cristiano –investigador, literato, científico, político, trabajador. . . –, tienes el deber de santificar esas realidades. Recuerda que el universo entero –escribe el Apóstol– está gimiendo como en dolores de parto, esperando la liberación de los hijos de Dios»⁵¹. De hecho, el

⁴⁷ Cfr. J. SÁNCHEZ CAÑIZARES, *Moral humana y misterio pascual. La esperanza del Hijo*, Eunsa, Pamplona 2011, p. 226.

⁴⁸ Cfr. VCS I, p. 178.

⁴⁹ *Apuntes de una meditación*, 19-III-1968 (AGP, P09, p. 98). Citado en VCS I, p. 564.

⁵⁰ «Han de cultivar el deseo de que la Eucaristía influya cada vez más profundamente en su vida cotidiana, convirtiéndolos en testigos visibles en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad»: BENEDICTO XVI, Ex. Ap. *Sacramentum caritatis*, 22-II-2007, n. 79.

⁵¹ *Surco*, n. 311.

cristiano ha recibido la filiación divina «para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios, liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo, que los ha reconciliado con Dios»⁵². Esta es la tarea propia de los hijos de Dios, que han recibido el mundo por heredad.

Desde luego, el fundador de la Obra afirma que el afán por contribuir eficazmente al progreso de la sociedad es una exigencia constitutiva de la vocación de los laicos; pero estos habrán de poner en juego todas las cualidades personales recibidas de Dios *con independencia de los resultados que se obtengan y lo que se alcance de hecho*. «Lo que redime y salva la historia es, antes que el éxito humano, el amor a Dios con que se realizan las actividades temporales; buscando, ciertamente, que den el fruto humano que les corresponde, pero sin hacer consistir todo su valor en ese fruto»⁵³. La respuesta a la llamada de Dios a la santificación personal –aspecto dinámico del despliegue de la filiación– edifica el Reino de Dios en la historia a través del noble ejercicio de las actividades seculares. Esa y no otra es la misión de los fieles laicos que continúan la misión del Hijo hecho hombre. San Josemaría, mediante la teología vivida de los santos, explicita en definitiva cómo Dios ha proyectado salvar la historia. Presupone que solo el Verbo encarnado desvela plenamente el sentido de la historia y entiende la compleción de esta última a partir del despliegue de la filiación divina de los hijos en el Hijo.

7. CONCLUSIONES

Toda la vida cristiana puede y debe entenderse a la luz de la filiación divina, pero en San Josemaría la secularidad adquiere un valor singular como ámbito de manifestación de la filiación. En esta contribución hemos querido explicitar el fundamento teológico de dicho vínculo. En nuestra opinión, el fundador del Opus Dei se inspira en el misterio de la unión de la naturaleza humana y divina del Hijo de Dios para ofrecer una espiritualidad de la secularidad como vida en medio del mundo de los hijos en el Hijo. Se trata de hacer presente la filiación divina no solo

⁵² *Es Cristo que pasa*, n. 183; cfr. *ibidem*, n. 65; *Conversaciones*, n. 114; OCÁRIZ, «Filiación divina», p. 526.

⁵³ VCS I, p. 193.

en el ámbito religioso, sino en todas las realidades humanas, pues es el mismo Cristo quien ha de hacerse presente en todos los ambientes de la sociedad –respetando su dinámica intrínseca– mediante la vida de los cristianos. La inmanencia del Hijo en los hijos hace posible y demanda que la vida secular sea también el lugar de Cristo; el lugar donde pueden hacerse visibles todas sus potencialidades para el mundo.

El enfoque tradicional que ve en el cumplimiento de la función natural de la sociedad –servir plenamente al bien de los ciudadanos– una incoación del camino sobrenatural hacia la santidad al que están llamados todos los hombres, puede y debe contemplarse también en el otro sentido a partir de la enseñanza de san Josemaría: a partir del don sobrenatural de la filiación divina ha de entenderse la gozosa tarea –que compete específicamente a los fieles laicos– de servir humanamente a la sociedad secular. La armonía del orden natural y sobrenatural se realiza, en definitiva, a partir de la unidad más alta que se da en la filiación.

Se entiende entonces que los fieles laicos hayan de *amar al mundo apasionadamente*, pues si quieren amar a Dios Padre han de hacerlo con la consciencia de hijos que aman la herencia recibida. Ahora bien, este amor apasionado al mundo, característico de la secularidad tal y como la contempla san Josemaría, es inseparable del misterio pascual. De ahí que aplique las palabras de Jn 12,32, referidas directamente a la redención, a la santificación del trabajo. Los cristianos colaboran en la obra de la redención cuando ponen a Cristo en la cumbre de las actividades humanas ⁵⁴; o, dicho de otra manera, es en el hoy de su filiación divina (cfr. Sal 2,7) cuando los hijos en el Hijo hacen presente el misterio pascual de Cristo en el hoy de la historia.

San Josemaría ve al cristiano, hecho hijo de Dios en Cristo, viviendo la misma vida del Hijo de Dios en sus actividades temporales. Pero, como apuntan Burkhart y López, «Cristo salva la historia por medio de los cristianos que cooperan con su acción. Éste es el punto fundamental sobre el que conviene reflexionar. Los actos de Cristo, históricos y trascendentes a la historia, realizan el plan divino de salvación abriendo el tiempo a la eternidad, es decir, dando cauce a la comunicación de la Vida intratrinitaria al hombre y redimiendo así la historia [. . .]. Los actos del cristiano pueden contribuir a salvar la historia. Si tiene vida sobrenatural

⁵⁴ Cfr. GONZÁLEZ, «Secularidad», p. 1138.

y sus actos están realizados “en Cristo”, entonces son en cierto modo actos del mismo Cristo en el “hoy” de la historia»⁵⁵.

La secularidad como nota distintiva del desarrollo de la filiación divina tal y como es enseñada por san Josemaría resulta no solamente un mensaje de renovación y animación para los cristianos de todas las épocas, sino un mensaje de profundo contenido teológico, que conecta existencialmente la realidad del Hijo de Dios encarnado con la realidad de los fieles laicos de su Cuerpo. Precisamente por eso resulta también, de forma natural, un mensaje de servicio a la sociedad que los hijos en el Hijo habrán de prestar a lo largo de toda su existencia terrena.

⁵⁵ VCS I, pp.190- 191.